



II

C U R S I L L O S

METODOLOGÍA PARA LA RESTAURACIÓN DEL EUZKERA

P O R

DON LUIS DE ELEIZALDE

Consagraos al estudio, fomento de todo cuanto pueda contribuir al adelanto y progreso del país, cultivad vuestra lengua milenaria y venerable, joya preciadísima del tesoro de la humanidad que recibísteis de vuestros padres y que debéis legar incólume a vuestros hijos.

ALFONSO XIII en el *Congreso de Oñate*.

METODOLOGÍA. -I

LA restauración del idioma vasco es susceptible de ser considerada desde dos diversos puntos de vista: el aspecto social de esa restauración y el aspecto literario de ella. Ambos aspectos, aunque distintos, no son entre sí independientes, sino que, al contrario, se enlazan de un modo íntimo, complementándose mutuamente. Y no señalándose de un modo explícito en el tema cuál haya de ser, entre estos dos aspectos, el que se trata, de un modo exclusivo, me ha parecido conveniente que nos ocupemos de ambos en estas dos lecciones, dedicando una de ellas a cada uno de los mencionados aspectos.

Trataremos, pues, hoy del aspecto «social» de la restauración del idioma vasco, es decir, de los postulados y condiciones a los que habrá de someterse

una restauración del idioma vasco en el uso diario y corriente de todas las clases sociales del País euzkeldun, y dejaremos para mañana el somero examen de los problemas que impone una restauración literaria y científica de nuestro idioma, de tal suerte que el Euzkera resulte capacitado y apto para todos los usos de nuestro pueblo en las diversas y variadas manifestaciones de su genio peculiar.

He de pedirlos previamente una gran benevolencia para las muchas deficiencias que seguramente notaréis en estas lecciones. Ellas han sido preparadas muy de prisa; no por falta de deseo de cumplir como mejor pudiera, sino por el agobio de otras premiosas labores, he dispuesto de poco tiempo y de muy escasa documentación para componerlas debidamente, o sea, como la importancia del tema lo requería. Fortuna que el tema queda en pie, indefinidamente planteado, lo cual da gran probabilidad de que, en ulteriores Asambleas, otros mucho más hábiles que yo han de conseguir exponerlo y desarrollarlo con la profundidad, extensión y brillantez que no pueden esperarse de mí en la ocasión presente.



La primera cuestión que se plantea, al comenzar a tratar de la restauración social del Euzkera, es si esa restauración es o no es necesaria, o siquiera conveniente. Piensen otros lo que quieran sobre este particular—y ya sabemos que, entre los mismos vascos, hay toda clase de ideas sobre este punto—yo estoy obligado a exponer aquí claramente mi opinión y la voy a dar con la brevedad posible.

Para mí, el idioma propio es el signo exterior principal de la personalidad de un pueblo, la característica más importante de esa personalidad. Negar esta verdad general, que es aplicable a todos los pueblos y sus respectivos idiomas propios, sería un absurdo; concederla para los demás pueblos y negarla para el pueblo vasco—como pretenden algunos—sería, no solamente absurdo, sino odioso. Todos los pueblos, antiguos y modernos, a poco civilizados que hayan sido, lo han comprendido así, y no ha habido sacrificio al que se hayan hurtado ni labor que no se hayan impuesto para salvar, con el idioma propio, el preciosísimo rasgo de su fisonomía, el carácter distintivo y principal de su personalidad. Solamente los pueblos sumidos en irredimible barbarie o los que hayan caído en la abyección y en la servidumbre, pueden desinteresarse de este problema trascendental; pero ni unos ni otros cuentan para nada en la historia. No está, afortunadamente, en ese caso el pueblo vasco. Todavía levantarnos la cabeza con legítimo orgullo, todavía hay ocasiones en que nos nombramos con altivez: «Nosotros, los vascos...» Y bien: el fundamento de ese orgullo y la razón de esa altivez con que nos nombramos estriban en que nos hallamos aún en posesión, con el idioma propio, de la limpia, preclara y antiquísima ejecutoria de nuestra nobleza racial, del magnífico e innegable signo de nuestra personalidad como pueblo, y como pueblo antiquísimo, original e inconfundible. Afánanse hoy día los vascos, con loable ardor, por descubrir y

patentizar las características todas de la personalidad de nuestro pueblo, y no hay campo ni región de la actividad humana que no se exploren cuidadosamente para descubrir qué es lo debido al genio vasco en las instituciones políticas y sociales, en la historia, en las artes plásticas, en la música, en la literatura y en las ciencias. Bien está todo ello, y esos beneméritos investigadores no merecen más que aplauso y aliento; que cuanto tienda a manifestar y robustecer la personalidad de nuestro País es labor del más egregio y beneficioso patriotismo. Pero sin desestimar en nada la importancia que tales investigaciones puedan alcanzar, y por grandísima que esa importancia sea, bien se puede asegurar sin temor ninguno que jamás característica alguna de la personalidad de nuestro pueblo llegará en esplendor ni en singularidad a esa realidad viva, tangible, del idioma vasco. De meditar seriamente los vascos en esta verdad elemental, se seguiría que la conservación y difusión y fomento y desarrollo de tan esplendente característica de su personalidad colectiva les hubiera merecido, no sólo atención, no sólo cuidado y diligencia, sino toda la atención, todo el cuidado, la diligencia, el amor y el ardor de sus almas, de tal suerte que hoy las voces «euzkeldun» y «vasco» hubieran continuado siendo tan exactamente sinónimas como cuando lo eran efectivamente, hace dos mil años.

Las cosas no han ocurrido así, por gran desgracia. Desde bastante antiguo, al parecer, las clases preeminentes de nuestro País comenzaron a desestimar el idioma propio en tales términos que hemos llegado a la situación verdaderamente lamentable de que el idioma propio, en lugar de ser la característica general del pueblo, de la «gens» en masa, ha venido a ser una especie de distintivo de clase social, y de la clase social que se reputa, aunque falsamente, como inferior porque no es la clase que da el tono en las reuniones elegantes, en los círculos que se suponen de la *élite*, en los cenáculos que se autoadjudican el título de *creme*. En resumen, el Euzkera ha descendido, de ser la lengua del pueblo en el sentido étnico de esta palabra, a ser el habla del pueblo en la significación puramente social de este vocablo. Una sola excepción cabe, acaso, hacer constar en esta depreciación que el Euzkera está sufriendo por parte de las clases altas del País: la excepción es en favor y en honor de las familias antiguas de Guipuzkoa. Puede ser que hasta en este punto hayan cambiado en peor las cosas; con todo, hace aún pocos años, las familias antiguas de Guipuzkoa velaban diligentemente por el prestigio social del idioma propio, enseñándolo a sus hijos, inculcándoles el amor y el respeto al Euzkera. Pero aún en este caso, honroso en medio de la desidia y del desprecio casi generales, el Euzkera no solía servir más que para hablar a los niños hasta los diez años, y a las muchachas de servicio. Una barrera social, en suma.

Ahora bien, este es un mal gravísimo. Su remedio está perfectamente indicado en la contra-acción. Si la deseuzkerización ha venido de arriba abajo, de las clases supuestas preeminentes al pueblo, es natural y obligado, y es también lo eficaz, que el remedio venga por las mismas vías, que al mal ejemplo suceda el bueno, que quien se crea deudor pague la deuda, que quien deba reparar, repare el daño causado.

En la restauración social del Euzkera, todo debe esperarse de la acción de las clases altas y del clero. Al hablar de clases altas no puedo referirme exclusivamente a las familias ilustres por su antigüedad y cuna. Querámoslo o no, vivimos hoy bajo los postulados democráticos, y en este régimen moderno no representan valor social preponderante los blasones ni los pergaminos. Las clases directoras e influyentes de hoy están representadas, tanto o más que por el nacimiento, por la fortuna y por la cultura intelectual: en ellas figura desde luego la *élite* de los hombres de profesiones liberales. Esas clases deben dar el ejemplo de la rehabilitación social del Euzkera, en la seguridad completa de que el pueblo seguirá fielmente el buen ejemplo dado desde arriba. Si los euzkeldunes de las clases distinguidas, dándose cuenta de la inmensa importancia del problema, sintiendo profundamente la necesidad de que los vascos sigamos siendo nosotros mismos, comenzasen a usar entre sí, en todas ocasiones, el idioma propio, cundiría el buen ejemplo como un reguero de pólvora, se realizaría casi instantáneamente la revasquización del País euzkeldun, y el efecto moral sería beneficioso, porque el pueblo comenzaría a sentirse orgulloso de su idioma propio, al darse cuenta de la estimación que ese idioma merecía a las clases distinguidas. Esta acción ejemplar de las clases cultas, secundada por un bien estudiado sistema de escuelas euzkéricas, daría desde luego para el País euzkeldun la solución plena del problema, la restauración social del idioma vasco, su rehabilitación en la categoría de idioma étnico que de derecho le corresponde.

La cuestión, en suma, se reduce a vencer una flojedad, la flojedad nuestra, de los hombres de profesiones liberales que habiendo sido exclusivamente euzkeldunes en los primeros años de la vida, nos hemos desacostumbrado en el uso del idioma propio en los años de carrera literaria o científica recibida en castellano exclusivamente, y no nos resolvemos a reacostumbrarnos al uso ordinario, ya que no exclusivo del Euzkera en toda nuestra ulterior vida de relación y en el seno del País euzkeldun. Claro es que el caso, desde cierto punto de vista, está relacionado con el problema general de la instrucción euzkeldun en los tres grados. Claro también que nosotros los vascos, si de veras deseamos una incorporación de nuestro País con todas sus características al movimiento cultural del mundo, hemos de plantear y resolver ese problema de tal suerte que el euzkeldun pueda recibir en su propio idioma todas las enseñanzas posibles, desde la más elemental hasta la más superior, desde el deletreo primario hasta el cálculo de una órbita planetaria por el método de Gauss. Claro es que hemos de tender a esto, a que la lengua materna no sólo sea un estorbo, sino que sirva de vehículo a todo grado de cultura. Cuando ese momento llegue—y llegará si lo queremos—el euzkeldun de cultura media o elemental no necesitará más que su propio idioma para la generalidad de los casos de la vida, y el euzkeldun de cultura superior necesitará, uno o varios idiomas extranjeros, exactamente en el mismo grado y forma en que los necesita hoy un francés, un inglés o un alemán de análoga cultura; pero cuando tal momento llegue, es evidente que la lengua ordinaria, usual y corriente del euzkeldun de alta cultura sería el Euzkera, un Euzkera mucho más literario,

fluido y rico que el actual, seguramente. Entonces se habrá realizado plenamente la restauración social del idioma vasco, con la incorporación de este idioma al movimiento intelectual del mundo.

La labor cuyo plan acabo de trazar a grandes rasgos es difícil de realizar, sin duda; pero de ninguna manera imposible. Aparte de las objeciones vulgares que contra ella se presentan, objeciones que en suma no son más que burdos disfraces de la apatía, de la flojedad, de la pereza intelectual, yo no veo más que un solo obstáculo exterior digno de tenerse en cuenta, una sola objeción que seriamente pueda considerarse como tal: es el carácter de «alófilo», es decir «separado», que nuestro idioma presenta, no sólo respecto de las vecinas lenguas románicas, sino aún respecto de todas las indo-aryas, y la subsiguiente dificultad de transvasar a nuestro tronco lingüístico la potente savia cultural que circula por las numerosas ramificaciones indo-aryas. Vivimos los vascos, lingüísticamente, en un aislamiento que podría calificarse de espléndido, si no fuese a la vez letal. Esto será una dificultad, y una gran dificultad, si se quiere; pero no significa una imposibilidad. Pruébese con el ejemplo de otros dos pueblos europeos, separados y distantes entre sí, que se encuentran exactamente en las mismas condiciones lingüísticas del nuestro —es decir, como unos islotes de idiomas alófilos, rodeados de inmensas muchedumbres indo-aryas, pugnando con pujantísimas culturas extrañas. Estos dos pueblos son el magyar en el centro de Europa, y el finés en el extremo septentrional de nuestro continente. Ambos pueblos son poco numerosos, ambos tienen que luchar con muy brillantes culturas extrañas, y con todo ello, ambos han conseguido crear, conservar y fomentar una cultura propia que, en el caso del pueblo magyar, ha llegado a ser muy estimada en el mundo científico.

Pero para todo ello es preciso que el pueblo hable su idioma propio, y que lo hable estimándolo y amándolo. Y esa estimación y ese amor se pierden indefectiblemente si no se ven confortados con el ejemplo de arriba, con el ejemplo de los euzkeldunes de las clases directoras. Los Euzkeldunes de profesionales liberales cometemos, pues, una mala acción, un acto casi calificable de traición al País, al desusar entre nosotros el idioma vasco. Ante la importancia del ejemplo social que debemos dar, no prevalece ninguna de las excusas inspiradas por la apatía y el egoísmo individuales. Que nuestro léxico es muy limitado; no lo es, pero, aunque así fuese, no importa, o hablemos mal el Euzkera, si queréis, pero hablemos el Euzkera, y leamos en Euzkera, y escribámoslo, y demos a la lengua de nuestra raza la importancia que durante demasiado tiempo le hemos negado. Démonos cuenta de que no se trata de una cuestión baladí, ni de diletantismo, ni de una frívola *pose*, sino de una cuestión capital, de una cuestión de vida o muerte para nuestro País. Porque urge de veras infundir en el aldeano vasco la confianza en la validez de su idioma, urge llevar a su ánimo la convicción de que los tiempos de proscripción suave, de ostracismo no confesado, de su idioma, del idioma vasco, pasaron ya y para no volver.

Y podemos preguntarnos ahora: en esta labor necesaria, fundamental, inaplazable, de la restauración social del Euzkera, ¿cual es la parte que cabe

al clero del País Euzkeldun? Una parte principalísima, inalienable, la parte que corresponde a la clase social más directamente influyente sobre el pueblo euzkeldun. ¿Ocurre a veces, en el País Euzkeldun, que los sacerdotes olvidan con harta facilidad el uso preceptivo de la «lingua vernacula» para la instrucción religiosa de los fieles? ¿Ocurre a veces, en pleno País Euzkeldun, que el veraneante *A* o el forastero *B* exigen el desuso del idioma vasco, en el templo, en ciertas funciones o sermones? Si esas cosas han ocurrido, no deben jamás volver a ocurrir, y lo digo arrojando la imputación de impertinencia que a veces puede merecer el seglar que se meta en asuntos religiosos. Pero este seglar que os habla es también hijo de la Iglesia, como cualquier piadosa señora, como cualquier distinguido veraneante de los de exigencias o insinuaciones vascóforas. Además, hay una cosa perfectamente conocida de los sacerdotes: si quieren llegar a lo profundo del corazón del euzkeldun, hablele en idioma vasco. Y aún a los vascos bilingües como yo (hablo por experiencia personal), si quieren movernos de veras, hablennos en el dulce y profundo idioma que recibimos en el regazo materno, en la lengua que usabamos exclusivamente en aquellos años en que nos hallábamos, sin saberlo, en la presencia de Dios, en aquellos años de la dulzura deliciosa, tan admirablemente descrita por Newman.

Y no solo eso. Los venerables sacerdotes presentes en este Congreso, al volver a sus parroquias euzkeldunes, a los «auzos» enclavados en nuestras montañas, deben tratar de infundir en sus feligreses, en los aldeanos vascos, ese espíritu de confianza y de esperanza de que os hablaba hace unos momentos. Pueden darles noticia aproximada de estas reuniones, convocadas y presididas por nuestras ilustres Diputaciones, del número y calidad de las personas que aquí se han congregado, del objeto que las ha reunido en Oñate, del ardiente deseo que las mueve a buscar lo más grande y lo mejor para el País Vasco, del cuidado, de la diligencia y del amor que se ponen en estudiar las cuestiones todas que afectan al País, del propósito que a todos anima de procurar una elevación moral y una prosperidad material a esta tierra queridísima. Y tengo la seguridad de que estas voces de aliento, salidas de labios del párroco, tendrán para el aldeano euzkeldun más autoridad que si las profiriese una Universidad entera. Y tengo también la seguridad de que los sacerdotes no olvidarán que a mayor autoridad corresponde una responsabilidad más estricta.

* * *

Con tanto, señores, podemos dar por terminada esta lección de hoy, en la que he procurado esbozar en líneas muy generales los postulados a que debe sujetarse la restauración del idioma vasco en su aspecto social.

Mañana, Dios mediante, dedicaremos otro rato a tratar del segundo aspecto del tema, o sea de las condiciones que a mi juicio deberá llenar la restauración literaria y científica de nuestro idioma.

METODOLOGÍA.-II

Esbozábamos ayer a grandes rasgos la labor de restauración social que debemos emprender respecto del idioma vasco, e indicábamos como base y a la vez coronamiento de esa restauración la necesidad de hacer del Euzkera el vehículo de todos los grados de cultura que la «gens» vasca necesita para su plena vida colectiva. Para ello es preciso que el Euzkera se convierta en lengua muy literaria, que se capacite para el contenido científico que pretendemos darle. He aquí, pues, señalado en pocas palabras el tema de nuestra lección de hoy, tema digno, no de una lección, sino de un curso de numerosas lecciones, tema también, y ante todo, digno de ser tratado con mayor autoridad y competencia que las mías. Solo el buen deseo puede excusar mi audacia, el deseo de servir a mi País con todas mis fuerzas, aunque débiles y pocas. Sírvame ese buen deseo de justificación ante vosotros, esperando que sabréis disimular benévolamente las faltas y deficiencias que no pueden dejarse de notar en el trascurso de esta lección.

* * *

La falta de una literatura escrita antigua es uno de los obstáculos más grandes que encontramos en las vías del renacimiento de nuestro idioma. Posible es, y aún probable, que hayamos tenido una literatura prehistórica: el pueblo que hizo ese maravilloso instrumento del verbo vasco, no habrá dejado de servirse de él con la producción de grandes poemas escritos, lo mismo que todos los demás pueblos antiguos. Pero en el naufragio de siglos desconocidos, debió desaparecer nuestra literatura—nuestro «Ramayana» o nuestro «Kalevala» y también el peculiar alfabeto que sin duda tuvimos. De esta última pérdida, casi me alegro, por la razón que os insinuaré luego; no así de la primera.

Consecuencia de esa falta de tradición literaria es que la única fuente de información, para los escritores euzkaldunes, es el lenguaje oral del pueblo. Se sigue de ahí que todas las diversificaciones populares en cuanto a dialectos, fonética, etc., se reflejan inmediatamente en el Euzkera escrito. Resulta, por ejemplo, que una misma palabra, de las que pertenezcan al acervo común de todos los dialectos como caso más favorable, recibe diez, doce o más transcripciones gráficas distintas, según las variantes fonéticas, más o menos legítimas, que al escritor se le ocurran emplear. Esta, situación me parece sencillamente insostenible, porque creo que es un postulado ineludible de toda literatura escrita que la transcripción gráfica de cada palabra sea en lo posible estable. En las lenguas muy cultivadas literariamente, las palabras escritas tienden cada vez más a ser signos ideológicos y a apartarse de su primitivo carácter de meras transcripciones fonéticas. Para la vista del lector ejercitado, la transcripción gráfica de cada palabra tiene su relieve especial, su perfil, diríamos su «fisonomía», que se percibe de un simple golpe de vista, que

evoca al instante la idea correspondiente, según la sencilla experiencia que cada uno puede hacer en si mismo. La verdadera facilidad de la lectura está ahí, y esa facilidad no puede existir en la lectura euzkérica mientras subsista la fantástica variabilidad de transcripción de las voces vascas.

Tres diversificaciones determinan esa perjudicial variabilidad de transcripción: la diversificación ortográfica, la fonética y la dialectal. Dedúcese de aquí que se imponen desde luego tres unificaciones para que el Euzkera llegue a ser una lengua muy leída, y vaya haciéndose más y más literaria.

La unificación ortográfica nos dará, según espero, poco trabajo. Ya está, conseguida en gran parte, y solo hay divergencias y antigüedades en unos pocos signos, sobre los que podemos pronto llegar a un acuerdo. Únicamente haré aquí una indicación acerca del signo correspondiente al sonido «rr» fuerte. En castellano, y creo que en casi todas las lenguas, ese sonido se representa, cuando no es inicial, con el signo «r», duplicado o doblado. En Euzkera no se puede hacer eso, no precisamente porque ese signo sea ilógico, aunque si lo es, sinó por una sencilla razón de estética de la escritura—aspecto de la, cuestión que también se debe considerar. En Euzkera el sonido «rr» fuerte es demasiado abundante, muchas veces terminal, muchas otras veces precede a consonante, en otras ocasiones aparece dos veces en una misma palabra. En tales condiciones, es evidente que no puede duplicarse el signo sencillo, sin dar un aspecto feísimo a la palabra escrita. Para obviar, este inconveniente, muchos escritores vascos emplean, con acierto a mi juicio, el signo «r», cuyo origen se encuentra ya en la obra «Le Verbe Basque» del principe Bonaparte. Propongo, pues, en esta ocasión la adopción universal y exclusiva de ese signo, cuyos caracteres existen ya, además, en todas las imprentas de alguna importancia del País.

En general, deberemos adoptar un sistema gráfico sencillo, fácilmente realizable por las cajas de todas las imprentas y por los teclados de las máquinas corrientes de escribir, un sistema que, sin sacrificar las peculiaridades esenciales del idioma, libre, en cuanto a la mayoría de los signos empleados, en el acervo común de las grafías occidentales, entre las cuales hemos de vivir. Desde este punto de vista, celebro infinito que nuestro alfabeto peculiar haya, desaparecido, porque hoy representaría una dificultad más, y no de pequeña categoría, a la difusión y culturización del Euzkera que todos anhelamos. No tengamos la pretensión de representar gráficamente todos los sonidos que viven en nuestra lengua, que eso sería confundir lastimosamente la escritura con la fonografía. Atengámonos en estas cuestiones a una prudente «vía media», teniendo en cuenta que ninguna lengua se escribe como se habla, ni puede escribirse además. Esos principios generales de «cada signo un sonido» y «cada sonido un signo» son, en teoría, muy acertados; pero en la práctica resultan inaplicables en muchos casos. No los debemos tomar, de consiguiente, en su absoluta rigidez, sino, al contrario, atribuirles cierta elasticidad que permita armonizar las exigencias de la etimología con las de la fonética, y todas ellas con la claridad:

En cuanto a la fonética, se ha de recomendar un uso muy moderado de

ella en las transcripciones gráficas, en el Euzkera escrito. Yo creo que existe una fonética general del idioma, que es común a todos los dialectos y que se debe respetar en el lenguaje escrito; pero sobre ella suelen aparecer esas otras fonéticas particularistas, dialectales, las que tienden a fomentar la variabilidad de las formas escritas. Y si nos empeñamos en sustentarlas, lo que equivale a querer escribir como se habla, tendremos las siguientes transcripciones vulgo-fonéticas de una misma voz: ogia, ogie, ogiya, ogiye, ogija, ogijae, obijae y creo que aún me dejo algunas. Todo ello es fonéticamente legítimo, y perfectamente absurdo. Lo razonable será, a mi juicio, adoptar en la grafía la forma orgánica «ogia», como única. ¿Por qué, en lugar de radicalizar estas divergencias, no hemos de tratar de reducirlas, por el bien común?

Otra de las divergencias fonéticas importantes, que se refleja inmediatamente en lo escrito por nuestro afán de escribir como se habla, sin fijarnos en más, es la que se refiere al «mouillement», o sea a la «mojadura»—que así se llama—de ciertos sonidos consonantes. Estas mojaduras son un fenómeno muy característico del Euzkera; lo malo es que obedecen a dos sistemas completamente distintos y, lo que es peor, incompatibles. Hay las mojaduras «asémicas»—o sea que no alteran la significación de la voz que las recibe—y las «semánticas» que, como lo dice su nombre, alteran la significación. Las primeras son más propias del dialecto bizkaíno, aunque no son totalmente desconocidas en los demás; las segundas pertenecen más a los dialectos centrales aunque tampoco las ignora el bizkaíno. ¿Cuál de los dos sistemas será el preferible? Para mí, el segundo, el de las mojaduras «semánticas», por eso mismo, porque lo son, porque matizan la significación de las voces, al paso que las asémicas son un fenómeno puramente físico, si puede decirse así, una mera influencia del sonido «i» anterior, sin matización significativa. Las mojaduras semánticas dan origen a giros gratamente pintorescos, peculiarísimos del Euzkera, totalmente intraducibles en muchos casos, muy literarios siempre.

Pero la cuestión batallona ha de ser, seguramente, la relativa a la necesaria unificación dialectal. Esa unificación, como la unificación fonética, no se pretende para el uso vulgar, sino tan sólo para el uso literario, y principalmente para el escrito. Tenemos hoy, para una población de medio millón de euzkaldunes, tres principales dialectos literarios. Es evidente que esto no puede subsistir, es evidente que llegará un momento, y deseo que sea muy pronto, en que la fuerza de las cosas nos obligue a elegir un solo dialecto como literario; de lo contrario nos vemos forzados a hacer triples ediciones de nuestros libros (lo que equivale a renunciar a toda literatura), a establecer triple sistema de escuelas, y a renunciar por tanto a toda labor educativa. La mayor parte de los vascos, por lo menos de los que han pensado algo en estas cuestiones, ven ya la necesidad de llegar a esa unificación; pero las divergencias de apreciación consisten en el modo de alcanzar la unificación deseada. Creen unos que la unificación deberá consistir en la preponderancia que uno de los dialectos adquiera sobre los demás, por evolución natural si se nos permite decirlo así, por motivos del número y de la excelcitud de las obras literarias que ese dialecto privilegiado produzca, y que lo hagan imponerse sin violencia a los

demás. Y en apoyo de esta opinión aducen ejemplos conocidos de varias lenguas: el dialecto toscano en la lengua italiana, el castellano en la española, etc. En cambio otros, sin desconocer que ese es efectivamente el modo natural de selección de dialectos en circunstancias normales, opinan que el caso del Euzkera se sale de esa normalidad, que es un caso verdadera y angustiosamente urgente, que necesitamos tener muy pronto una literatura completa, muy pronto las escuelas, y que como estas dos magnas obras—producción literaria y sistema escolar—están condicionadas por la unificación dialectal, la primera labor que se impone, y con mayor urgencia, es esta misma unificación. Personalmente me adhiero a la opinión de estos últimos. Nadie niega la posibilidad de que surja un día de estos, en cualquiera de los dialectos vascos; un Dante, un Shakespeare, un Homero, uno de esos hombres que de golpe elevan un dialecto popular a la categoría de lenguaje literario único en su idioma respectivo; pero sería una temeridad, en nuestro caso, esperar tranquilamente a que se produzca tan improbable suceso. Lo más práctico y acertado me parece proceder por convenio entre los escritores euzkaldunes y las demás personas y entidades interesadas en este asunto, y elegir desde luego el dialecto que más ventajas ofrezca, como único literario. Así han procedido ya otros pueblos renacientes, como los croatas, por ejemplo, y los gaelizantes de Irlanda. Evidentemente, para esta unificación dialectal ayudará muchísimo la unificación fonética, de la que hemos hablado antes. En cuanto al léxico, tampoco puede haber gran dificultad: ninguno de los léxicos parciales y dialectales es completo, pero con todos ellos se puede formar uno total, completísimo, que será el del futuro Euzkera literario. Sobre este punto os dará seguramente preciosas ilustraciones mi eminente profesor de esta ocasión, el R. P. Olabide, así como de las cuestiones de fonética os hablará con su habitual maestría el Dr. D. Resurrección M.^a de Azkue. Me dispense, por consiguiente, de entrar en más detalles sobre ambas cuestiones.

La dificultad imita estará, por tanto, en el verbo. Aquí será preciso elegir uno de los sistemas dialectales, porque no es posible formar un compuesto de todos ellos. Parece que un criterio aceptable de selección sería el de la mayor regularidad en el sistema verbal dialectal que se eligiese; pero no desconozco que también pueden influir otras circunstancias y razones, la extensión de área dialectal, la concisión, la riqueza de formas verbales, etc.

Ya que de verbo vasco hablamos, permítanseme algunas ligeras digresiones sobre ciertas cuestiones suscitadas por los estudios de estos últimos años.

La conjugación que antes se denominaba erróneamente «irregular», que después se llamó con poca exactitud «simple» y que ahora designan muchos con el nombre de «sintética», por llamarla de alguna manera, ha sido restaurada hace algunos años por un método de inducción que recuerda algo al empleado en Química orgánica al determinar a *priori* los compuestos posibles del carbono, que luego se han encontrado reales y efectivos. Pero estos nuevos productos verbales, por legítimos que sean, no pueden ponerse en circulación literaria sin grandísima parsimonia, sin una prudente circunspección. Algunas

de estas nuevas flexiones-nuevas o renovadas—pueden ser útiles en la versificación, por ejemplo; pero nada o muy poco más, por ahora.

De la misma manera, todo nuevo sistema verbal que se proponga debe ser acogido con las mayores reservas posibles: no estamos aquí en un campo de pura experimentación lingüística, sino tratando de cuestiones de vida o muerte del País, en las cuales todo diletantismo está fuera de lugar. Ciertamente que podemos y aún debemos purificar el idioma de sus agregados parasitarios, despojarlo de las capas de moho producidas por el desuso literario; ciertamente que podemos y debemos restaurar lógicamente y con sujeción al genio de la lengua los mecanismos idiomáticos que se hubieren perdido y excitar el brote de los gérmenes vivos que aún contenga; pero en todo esto hay un límite prudencial que se debe guardar, no sea que lleguemos a alterar la estructura íntima del idioma o a detenerlo en el ciclo de su evolución normal.

Las mismas normas de prudencia deben guardarse respecto de los neologismos. Claro es que a ideas nuevas deben corresponder palabras nuevas; el Euzkera necesitará evidentemente formarlas, y como no le cabe el socorrido recurso al latín y al griego, como lo hacen las lenguas románicas, necesitará nuestro idioma valerse de sus propias raíces, hábilmente manipuladas, para formar las palabras nuevas que hagan falta. Esto no puede maravillar a nadie; lo practican todos los días, todas las lenguas vivas, el alemán, por ejemplo, con su *Fernsprecher*, su *Fahrschein*, y otras voces de formación modernísima. Si los vascos hemos de decir, en Euzkera, oxígeno, hidrógeno, carbono, poliedro, eclíptica, integral, teorema de las velocidades virtuales, serie convergente, funciones holomorfas, números transfinitos, helicoides de plano director, etcétera, etc., fuerza será que hayamos de formar palabras vascas que más o menos convencionalmente respondan a esas otras; porque por mucho que busquemos en el léxico popular o en el de los libros de piedad que poseemos desde el siglo XVI o XVII, no encontraremos en ellos ninguna noción de Química, de Geometría ni de Análisis matemático. En estos casos, el neologismo está naturalmente indicado, y se trata únicamente de formarlo bien. Pero hay otras ocasiones en las que el neologismo responde, no a una verdadera necesidad, sino sencillamente a una pereza de leer, enfermedad a la que somos muy propensos los vascos todos. Hay ocasiones en que el neologismo es una pura, o impura superfetación, porque la voz castiza existe en un libro no leído, o en un valle lejano. De consiguiente, lo que se impone es documentarse todo lo posible antes de lanzarse a la formación de voces nuevas, y considerar siempre este recurso como extremo. La suerte que el pueblo euzkaldun reserva a los neologismos suele ser muy variada: algunos se aceptan generalmente y sin dificultad; otros, en cambio, «no entran», como suele decirse. Es que, probablemente, estos últimos están mal formados, mal hechos, y los rechaza el instinto lingüístico popular. Y es claro que estos neologismos de mala fortuna no pueden ser acogidos en la literatura.

El neologismo, que tiene siempre algo de convencional y de fabricado, no debe confundirse con la derivación gramatical, fenómeno diario y vulgar en todas las lenguas vistas. En Euzkera esa derivación es fecundísima, a causa

del gran número de sufijos y de terminaciones que nuestra lengua posee. Estamos aquí en presencia de un telón inagotable, no debidamente explorado y mucho menos explotado por nuestros tratadistas y literatos. Yo quisiera ver dirigidas por ahí las investigaciones de nuestros lingüistas, en la seguridad de que les esperan magníficas sorpresas. Un estudio metódico y completo de nuestra colección de afijos, y una sabia aplicación de ellos a los radicales conocidos producirán estupendo enriquecimiento léxico al Euzkera, y no es este el menos importante de los aspectos de la restauración literaria de nuestro idioma.

* * *

Termino, señores, agradeciéndoos primeramente la atención y singular benevolencia que me habéis dispensado sin yo merecerlas, pidiéndoos, en segundo lugar, por el amor de Dios y de nuestro País Vasco, tan digno de ser amado, que sigais mostrando ese ardiente y tan honroso interés por las cosas que a este País afectan, por mejorar y acrecentar para herencia de nuestros hijos el caudal moral que recibimos de nuestros padres, y despidiéndoos, finalmente, con la cristiana y tradicional fórmula de nuestro buen pueblo euzkaldun.

Goikoak bemagu gustioi egun on.

.....